

Lorenzo Fernández Bueno

El
VAMPIRO
de
SILESIA

Un hallazgo desconcertante, una misteriosa epidemia...
un pontífice que busca la inmortalidad

minotauro

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

El vampiro de Silesia

minotauro

M *aleficos non patieris vivere!* —gritó el sacerdote, con la cruz en una mano, la palabra de Dios en la otra y los ojos a punto de salirse de las órbitas, como si ansiaran acompañar la dirección del potente alarido.

El viento nocturno mecía su vieja sotana. Era un hombre entrado en años, de aspecto desaliñado y voz ronca. Tras pronunciar la extraña letanía se había quedado petrificado sobre el frondoso verde, agarrando con fuerza el largo rosario que colgaba de su pecho. La lluvia arreciaba, estremeciendo su cuerpo. No habría otra oportunidad... Tras él, cien metros más abajo, en las faldas de la pequeña loma, la algazara tomaba los valles; pero no era una algazara festiva. Decenas de personas, iluminadas por las llamas de las antorchas, ascendían por el sendero ante la mirada de satisfacción de su guía espiritual, que no sólo veía reforzada su fe, sino también sus fuerzas. Y esa madrugada le iban a hacer falta ambas cosas...

Las montañas se alzaban a lo lejos, como una barrera natural que no dejaba escapar de esta tierra de frontera las supersticiones con las que convivían sus gentes, y en ellas, los seres que se nutrían del fanatismo de los hombres desde los tiempos de los antiguos dioses.

«¡Que lejos queda mi excelsa Viena, sus históricos edificios, la techumbre colorida de su catedral, las dulces melodías que escapan de cada rincón de sus calles! De no verlo, es extraño pensar que pueda haber lugares en nuestro mundo civilizado tan antagónicos. Estas regiones están habitadas por salvajes que creen estar solos en el mundo, y que no muestran rechazo hacia sus

leyes... inhumanas. En ocasiones éstas son compartidas por los hombres de Dios, aunque aquí hay momentos en los que es usual preguntarse de qué Dios se trata...»

El médico militar dejó de escribir en su diario. Al otro lado de la puerta alguien golpeaba con fuerza, reclamando su atención. Por el aspecto de su mesa llevaba horas leyendo, consultando los informes de otros compañeros que antes que él habían sido destinados a este infierno de barro y creencias disparatadas, dejando que la pluma recorriese el papel iluminado por la débil luz del candil de aceite. Y sus ojos, que a estas alturas de su vida no estaban para demasiados retos, notaban el esfuerzo.

—¡Un momento, ya voy! —gritó, poniendo algo de orden en la pequeña estancia, que hacía las veces de estudio y de alcoba.

Con esfuerzo, retiró el tablón que atravesaba de un extremo a otro el ancho del marco de la entrada, y, tirando de la argolla, logró abrir el portón. El gélido viento se coló sin previo aviso, apagando la llama que se balanceaba elegante al son de los sonidos de la noche, sobre la chimenea.

—Yolaki, ¿qué desea a estas horas? —preguntó sorprendido.

Tiró de la larga cadena y extrajo el reloj del único bolsillo de su chaleco a fin de dar más peso a su protesta. Eran casi las doce, demasiado tarde para que aquel hombre, el tabernero del pueblo, un gigantón primitivo de corazón noble, se atreviese a molestarlo. Éste, moviendo sus enormes manos con vehemencia, comenzó a hablar...

—Doctor, un grupo de gitanos ha marchado con el padre Bruno, el italiano, armados hasta los dientes. Estaban muy enfadados porque unos minutos antes, en mi taberna, Mircea, el herrero, entró gritando que hacía ocho horas que no sabía nada de su mujer... Los hombres empezaron a gritar, y pocos minutos después apareció el sacerdote. No sé qué les dijo, pero se alteraron aún más. Ya sabe que las gentes andan nerviosas después de que en casi dos semanas no se sepa nada de Wutschiza y Milosowa, las dos jóvenes que desaparecieron cerca de la encrucijada —aseguró a la vez que se santiguaba—. Muchos se acuerdan del daño que hizo la anterior... «epidemia». Ahora deben de andar merodeando por el cementerio. Los gitanos... ¡Dios quiera que no cometan ninguna barbaridad...! —concluyó, apesadumbrado.

«Otra vez no...», pensó el médico, mientras recogía apresurado los informes del doctor Glaser, inexplicablemente clarifica-

dores, ya que se trataba de un hombre de ciencia... Suspiró. En esta región del Viejo Continente una estancia prolongada condenaba a las mentes racionales a perder la cordura. Por lo que reflejaban sus textos, daba la impresión de que eso era lo que le había ocurrido a su admirado Johann Glaser.

El médico, sin mediar más conversación, cogió su casaca militar, la espada, y salió a toda prisa de la centenaria vivienda. Al cerrar la puerta, un último hálito de viento se coló por la rendija abriendo el cuaderno del galeno por las últimas páginas, unas hojas cuarteadas que habían amarilleado con el paso de los meses, a causa de la mugre acumulada y la desagradable humedad de este territorio, tan gris como las nubes que cada día evitaban que Dios fijara su mirada en una tierra condenada desde hacía siglos... Arrancadas del cuaderno por el ímpetu de aquella ráfaga, salieron volando y quedaron desordenadas sobre la mesa. La tinta aún estaba fresca...

Informe de Johannes Flückinger.

Médico castrense del Honorable Regimiento Fursstenbusch de Viena.

Katowice, 26 de enero de 1732.

Después de que hubiera sido divulgado que en la aldea de Katowice los supuestos vampiros habían matado a gente bebiendo su sangre, he sido enviado hasta aquí para investigar la materia a fondo. Para ello se han realizado interrogatorios en la compañía de *hajduks* del capitán Gorschiz Hadnack, portaestandarte y el más viejo *hajduk* de la aldea, el cual ha referido lo siguiente: que tiempo atrás un *hajduk* local de nombre Arnold Paole se rompió el cuello en una caída de un carro de heno. Este hombre, según él mismo había dicho, fue atacado por un vampiro cerca de Gossowa, en la Serbia turca, donde había comido la tierra del sepulcro del vampiro y se había manchado frotando con la sangre del horrendo ser para liberarse de su maldición. A los veinte o treinta días después de su muerte algunos se quejaron de que el mencionado Arnold Paole los estaba atacando; y que, de hecho, había matado ya a cuatro personas. Para acabar con este mal se procedió a desenterrar a Arnold Paole cuarenta días después de su muerte. Según lo que declaró un soldado que había estado presente en tales acontecimientos, lo encontraron completo e incorrupto, y la sangre fresca fluía de sus ojos, boca, nariz y oídos; así como que la camisa, la tapa y el ataúd

estaban totalmente ensangrentados; que se le habían caído las uñas de sus manos y pies, junto con la piel, y que le habían crecido otras nuevas; y puesto que al ver esto se convencieron de que era un vampiro, atravesaron su corazón con una estaca según su costumbre, sangrando copiosamente por la herida y pudiéndose oír claramente un gemido.

Tras el examen, las cabezas de él y otros supuestos vampiros fueron cortadas por los gitanos locales y después se quemaron, tras lo cual las cenizas fueron arrojadas al río Morava. Los cuerpos descompuestos, sin embargo, fueron devueltos a sus sepulcros.

Es evidente que una extraña epidemia está minando las fuerzas físicas y espirituales de esta comunidad, porque tras la misma ven la presencia de oscuros seres que gracias a su existencia inmortal, según la extendida creencia popular, se pasean por la historia alimentándose de la sangre de los desgraciados que se encuentran en su camino.

Los estudios que he desarrollado me llevan a pensar que se trata de una enfermedad muy agresiva que provoca el envenenamiento paulatino de la sangre, por lo que quienes la padecen muestran síntomas de cansancio, su tez se vuelve cetrina, cadavérica, y parecen sufrir del «mal de melancolía». Si bien es cierto que hay patologías entre las cuales enmarcar dichas dolencias, algún tipo de rabia o de desequilibrio de los humores, posiblemente de la bilis negra, que se ve afectada por la pobre dieta que mantienen, es mucho lo que me queda por estudiar, ya que como he reflejado con anterioridad, los habitantes de esta tierra han comenzado, llevados por un miedo irracional, a desenterrar los cuerpos, profanando las tumbas y mutilando los cadáveres. Ya he analizado los informes de mi colega Johann Glaser, que estuvo antes que yo destinado en esta región del este de Europa. Su visión, qué duda cabe, ha resultado muy enriquecedora, pese a que el pobre acabó perdiendo la cordura. Demasiados años de aislamiento...

El joven arqueólogo cerró el cuaderno y colocó con mimo las tres páginas sueltas. Era una joya de casi trescientos años que olía a viejo pergamino, con las tapas forradas de cuero verde y las hojas que se desmadejaban sin remedio. Sabía que muchas respuestas a las preguntas que se había estado haciendo en los últimos meses se encontraban entre los textos fríos de aquel médico por el que sentía cierta simpatía y con el que ya se identificaba; había empezado a establecer una conexión invisible con él, como un hilo sutil que atravesaba los siglos y los unía, recorrien-

do los tortuosos senderos que los llevaban a proseguir la misma búsqueda.

Y a estas alturas del siglo XXI, él, Maurizio Roncalli, sabía perfectamente, al igual que en su momento descubriera el doctor vienés, que no era el único que buscaba respuestas para esta desconcertante historia...

1

Roma. Cinco días después

La luna a medio crecer se asomaba al otro lado de la cortina, cayendo en picado sobre los ojos doloridos de Maurizio.
Noches de duermevela.

Su cuerpo se ocultaba bajo la sábana, esquivando con vergüenza los restos de licor; las cenizas de los cigarros; el rastro invisible de su decadencia; la prueba del pecado. Ésa era su vida; ése era el abismo al que se precipitaba cada madrugada, con el ardor del que busca pero no encuentra; del que nunca antes se había visto en otra situación similar. Aquel hombre, desnudo y maltrecho, no era consciente de que se hallaba caminando, más bien balanceándose sobre la frágil cornisa de un profundo abismo; un paso más y el retorno se antojaba imposible.

Desnudo, sobreponiéndose a una crisis asmática a la que habitualmente combatía con más tabaco, se sentó en la cama, apoyando los pies sobre el frío mármol del suelo de la habitación. Pese a lo castigado de su alma, el cuerpo aún mantenía la lozana musculatura de antaño. Era un tipo fuerte, grande, incapaz de matar una mosca pero sí de tragarse el viscoso gusano que habitaba en lo más profundo de la botella de mezcal. Y para eso había que acabar primero con el litro de alcohol que lo protegía...

Apoyó la cabeza entre las manos curvando los codos en una posición más bien incómoda, intentado dar con un porqué, buscando en sus archivos mentales el comienzo de tanta amargura. Pero su mente no se encontraba en forma; no al menos aquella madrugada.

La puerta de la calle se abrió. Sorprendido, alzó la cabeza y abrió los ojos con desesperación. Donnatella al fin regresaba de viaje. Los pasos de la mujer retumbaron en toda la casa conforme avanzaba por el pasillo, golpeando la sien de Maurizio como

el badajo de la campana de una catedral. Intentó levantarse, pero no pudo... El cuerpo del delito era demasiado visible para intentar ocultar la realidad una vez más. Los pasos se detuvieron, y la puerta, dejando escapar un leve crujido, se abrió despacio.

Al otro lado, los zapatos cayeron al suelo. Ella, pretendiendo no quebrantar el sueño de su amado, siempre se los quitaba cuando regresaba a altas horas de la noche; pero esta ocasión era diferente: la última discusión había sido demasiado violenta. Y así, apoyando con delicadeza sus pequeños pies, accedió a la habitación, no sin antes desprenderse del vestido negro que acariciaba su piel, arrastrando aún el olor de la última cena.

Era bella, blanca como esa luna que se apostaba en lo más alto de la bóveda, de cabello largo y castaño, con los rasgos faciales esculpidos a cincel a los que se asomaban dos hermosos ojos azules envueltos de un aura gris que desde pequeña dio a su rostro una expresión triste. Su boca, por el contrario, era alegre, generosa, tan carnosa como vital. Y ahora, como a cada retorno, éste era su momento; se desnudaba, conservando la ropa interior, y se deslizaba con sigilo entre las sábanas hasta abrazarlo, con pasión, como la primera vez... Pero ésta, sí, era la última.

Donnatella se sentó despacio a los pies de la cama, pretendiendo que sus delicados movimientos fuesen el reflejo de la calma ansiada; y lo miró, más con pena que con rabia, porque sabía que ya no había excusas; él estaba tan borracho que aunque quisiese tan sólo habría logrado expulsar algún que otro balbuceo.

—Mauri... Eres un hijo de puta...

Su voz se quebró, robando por unos instantes la amargura que desde hacía tiempo había tomado el alma de aquel desgraciado. Y no pudo evitarlo: las lágrimas resbalaron por sus mejillas, como un veneno en el que se concentraba el dolor de años; la esperanza retomada; el final que se quería obviar mirando hacia otro lado. Pero ya no podía más. Si no estaba dispuesto a luchar, ella, que lo amaba sobre todas las cosas, tampoco podía hacerlo ya. Se estaba viendo arrastrada por el torbellino de oscuridad que giraba cada vez con más violencia en torno a él.

—Donna, yo... han sido meses muy complicados... —aseguró, visiblemente dolorido.

La mujer, sin poder contener la ira, se volvió y lo miró sin parpadear. Hay miradas que duelen más que las palabras. Aun así, no se calló.

—No puedo más. Por mucho que lo he intentado te has empeñado en permanecer encerrado en tu mundo, y está claro que ahí yo no puedo entrar. Mauri... yo... no quiero volver a verte más. Ya no sientes nada por mí, o al menos hace tiempo que se te olvidó cómo tratar a una mujer. Y yo soy joven... no puedo permitir que mis años dulces se conviertan en un infierno. ¡No, por Dios, no me lo merezco...! —Una vez más se llevó las manos a los ojos intentando con ello que las lágrimas no escaparan.

Y él, atisbando que poco era lo que podía hacer, sobreponiéndose a su miseria, intentó tranquilizarla.

—Donna, estoy a punto de terminar la investigación. No es una paranoia; hay quien busca lo mismo que yo, pero, ahora sí, le llevo ventaja. Y es muy importante, ¡es trascendental Donna! De que salga bien o no depende mucho, incluso puede que hasta mi vida...

La joven, condescendiente, lo miró y, suavizando su expresión, se levantó, recogió el vestido negro y se lo puso. Maurizio no sabía qué hacer. En su estado lo mejor era no mover un músculo. Donnatella, antes de salir de la habitación dirigió por última vez la mirada hacia aquél que tiempo atrás encarnó las virtudes que ella buscaba en el que debía ser su amor para toda la vida. Parpadeó despacio, y notó que el estupor asomaba a su rostro; porque Maurizio había perdido la alegría que a ella la enamoró; su juventud estaba caduca, agria. El rastro evidente de una vejez prematura agrietaba sus facciones; las de un borracho de mirada perdida. Así, más triste que de costumbre, lo observó lanzando una despedida invisible, insonora. Él lo entendió y, sumiso, agachó la cabeza. Donna, antes de bajar la escalera fijó su mirada en las fotografías que con mimo había colocado tiempo atrás sobre el mueble situado frente a la cama, delante de la televisión. Eran otros tiempos, quizá menos turbulentos. Viajes, complicidad, ajeteo... y allí, oculta por tanta alegría, surgía la última, ésa en la que él aparecía en el interior de una fosa atestada de restos óseos, detrás de una urna de cristal en cuyo interior se custodiaba una desagradable calavera, el objeto que representaba el éxito que al menos una vez en la vida ansiaba todo arqueólogo. Eso es al menos lo que aseguró al regreso de un viaje que no hubiera tenido que realizar jamás; porque aquel hallazgo aparentemente feliz estuvo revestido de muerte. Un eco del pasado que desde ese instante se convertía en insoportable recuerdo.

Fue el comienzo de un camino sembrado de espinas, de la locura a la que inexplicablemente se vio abocado. Y la volvió a mirar con asco, dejando un pequeño resquicio para la curiosidad... Porque en aquel tiempo fueron muchas las ocasiones en las que preguntó a su amado quién fue el salvaje que en tiempos remotos, cuando la ciudad de Venecia se debatía entre las pestes medievales y la lujuria del carnaval, mató a una mujer y, sin respeto a la muerte, le introdujo un gran ladrillo entre los dientes. Él siempre callaba, porque era consciente de que lo importante no era quién, que eso ya lo sabía, sino por qué.

Claro, que eso, también lo supo pronto...